*"Tu Fe Te Ha Salvado"*

*Por Pedro Méndez*

**Lecturas:** 2 Reyes 5, 14-17; Salmo 97, 1. 2-3ab. 3cd-4; 2 Tm 2, 8-13; Lc 17, 11-19

¡No me puedo imaginar la felicidad de los leprosos sanados por Dios en la primera lectura y en el evangelio de hoy! Como hemos escuchado en la primera lectura, Dios sana a Naamán a través del profeta Eliseo, y, en el Evangelio, Dios mismo sana a diez leprosos en la Persona de su Hijo Jesucristo. Uno de ellos—un Samaritano—regresa "glorificando a Dios en alta voz, y, postrándose rostro en tierra a los pies de Jesús, le daba gracias "(Lc 17: 15-16a). No tomemos a la ligera estos maravillosos milagros, sobre todo al recordar la terrible enfermedad de la lepra y sus consecuencias sociales. La lepra es una enfermedad bacteriana de la piel que todavía es común en los climas cálidos y húmedos. La lepra no tratada puede producir calamidades mortales, entre ellos un ataque a la ropa (Lv 13: 47-59) y a las casas (Lv 14: 33-53). En los tiempos del Antiguo y Nuevo Testamento, el leproso era aislado de la comunidad por un período hasta que era determinado, por el sacerdote, que él/ella estaba "limpio(a)" o que la enfermedad no era contagiosa. Algunos estudiosos de la Biblia han afirmado que Jesús envió a los diez leprosos al sacerdote para ser examinados, cumplimiento así los requisitos de la Ley. Por lo tanto, el ser un leproso(a), en ese tiempo, no era una oportunidad para recibir servicios de caridad; sino que ser excluido, e, incluso, rechazado por la comunidad, que tenía miedo de ser contaminada.

Al reflexionar sobre la primera lectura de hoy y el evangelio, se puede ver que no era nuevo para un hombre de Dios—el profeta Eliseo—curar a una persona de la lepra. La novedad de la historia de Eliseo es que Naamán es un gentil (no judío), un "jefe del ejército del rey de Aram" (2 Reyes 5: 1). En los tiempos de Eliseo, se creía que la salvación era sólo para Israel. Por ende, la sanación de Naamán fue vista como una promesa de la salvación disponible para todo el mundo. *Esta salvación disponible para todo el mundo se realiza en la persona de Jesucristo, quien no sólo actúa en nombre de Dios;* *pero es Dios mismo restaurando la humanidad desde su interior.* Puede ser que, con mucha razón, nos preguntemos cómo Jesús cumple esta salvación, si Eliseo también era capaz de sanar un leproso en nombre de Dios. *Jesús cumple la salvación para todo el mundo, no sólo al sanar el cuerpo del Samaritano—un “extranjero” que los Judíos detestaban aún más que a los paganos—sino que también al concederle la salvación: "tu fe te ha salvado" (Lc 17: 19b).* *Este es un punto crucial: ¡Sólo Dios salva!* *Por lo tanto, ¡Jesús es Dios!* *Y Jesús salva la persona humana en su totalidad—Jesús sanó el cuerpo, el alma, y las relaciones sociales del Samaritano (al ser acogido nuevamente por la comunidad).*

*Esta es la alegría de la buena nueva: ¡Dios mismo concede la salvación al mundo entero en Jesucristo!* Ahora, esta salvación es concreta: "Acuérdate de Jesucristo, resucitado de entre los muertos... según mi evangelio [es decir, buenas noticias]" (2 Tim 2: 8), San Pablo escribe a Timoteo. *Por lo tanto, la misericordia infinita de Dios ha llegado a nosotros—Judíos y no Judíos—concretamente a través de la pasión, muerte y resurrección de Jesús.*

Sabemos que no podemos lograr esta salvación por nosotros mismos; sólo al aceptar a Jesús y al permitirle sanar la plenitud de todo nuestro ser, para nosotros los Católicos, principalmente, a través de los Sacramentos y un proceso continuo de discipulado. Acerquémonos a Jesús y clamemos a Él, al igual que los leprosos: "¡Jesús, ten compasión de nosotros!" (Lc 17:13). Ojalá volvamos a Jesús, después de haber sido sanados, con corazones agradecidos y escuchar de Él: "tu fe te ha salvado" (Lc 17: 19b). Entonces podremos ser capaces de cantar con la alegría insuperable del salmista: "los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios" (Salmo 98)... ¡incluyéndome a mí!